



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 13.º (1)

Generalizábase entonces la lucha entre el catolicismo y la reforma. La reaccion, adquiriendo fuerzas cada día, desarraigaba las nuevas creencias que empezaban á estenderse con prodigioso desarrollo; y los dos gigantes iban pronto á encontrarse en toda la plenitud de su vida, en toda la robustez de sus fuerzas. El uno poseedor del norte, dueño el otro del mediodía, disputábanse el terreno misto ó dudoso con las armas espirituales y temporales que estaban al alcance de cada uno. Y este combate era un combate sin cuartel. Crímenes y locuras, abnegacion y generosidad, todas las virtudes como todos los delitos se empleaban para alcanzar el fin deseado; y todos los hombres notables de Europa, todos los ta-

lentos vigorosos, todas las almas audaces ó ambiciosas se arrojaban decididamente en la gran batalla para morir ó triunfar al pié de sus banderas.—Aun duraban los restos del gran impulso que precipitó á las naciones transpirenaicas y transalpinas hácia la religion reformada; pero débil y espirante ya, estaba combatido é iba á acabar al choque de las corrientes que trabajaban á impulsos de la reaccion católica. Cuando Lutero sorprendió en su indolente sueño á la Silla pontificia, los grandes resortes religiosos estaban gastados y enmohecidos en casi todos los estados de Europa. Por su particular organizacion y por las guerras continuas que alimentaban el espíritu católico dándole vigor y vida, era tal vez la España la única nacion que se habia libertado del contagio universal. Roma y los estados italianos presentaban un espectáculo triste á la observacion severa: la disipacion en las costumbres, el escepticismo en las ideas y el descrédito en los subordinados abrian ancho campo á la indignacion de los hombres sinceramente religiosos. Asi sucedió la pronta propagacion del luteranismo.

Madrid 31 de octubre de 1841.

(1) Véanse los trece números anteriores.

mo que intentaba reformar aquellos escesos: su desarrollo fué rápido porque la orthodoxia estaba desarmada: pero cuando, sacudido el sueño de la pereza, se levantó á combatir el catolicismo, comprendió que otra conducta debía ser la garantía de su futura victoria. La regeneracion fué universal: las acusaciones de la reforma quedaron sin fundamento: no llevaron ya la tiara hombres sospechosos de ateismo y asesinatos, ó almas débiles encenagadas en frívolos placeres: sentáronse en la silla de San Pedro enérgicos Pontífices que unían el fervor religioso de San Pablo con la santidad de costumbres de San Ambrosio: vistieron la púrpura de cardenales hombres llenos de constancia, de celo y de valor; ocuparon las altas dignidades eclesiásticas apóstoles mas austeros que los mas austeros campeones de la heregía.

La Sede romana, que habia amontonado en muchos siglos de dominacion las admirables tradiciones que forman la base de su política, conoció que la decision no debía escluir la habilidad. Así, abandonando por entonces la parte septentrional de Europa, donde era irresistible la fuerza revolucionaria, aplicóse á reforzar los cimientos del catolicismo en el mediodia, preparando entretanto con sagaces tentativas la desunion de los elementos reformadores. Las consecuencias correspondieron á su prevision. Mientras que se disciplina-

ban, á la voz de un solo gefe, las fuerzas católicas, se levantaban gérmenes destructores en las fuerzas protestantes. El peligro las habia estrechado para combatir; creyéronse sin riesgos y rompieron imprudentemente sus filas, sin que bastase la voluntad de algunos caudillos á mantener unidos tantos elementos discordes. La iglesia reformada se iba haciendo mundana y codiciosa, adquiriendo los defectos que habia censurado en la iglesia enemiga; y al paso que grandes pontífices y enérgicos prelados dirigian la reaccion católica, habían muerto sin dejar sucesores los primeros audaces caudillos de la revolucion protestante. La comunión romana no contenia en su seno germen alguno de desunion, porque no habia diferencia de doctrinas: las decisiones del Concilio de Trento eran la regla universal: la reforma abrigaba mil sectas enemigas entre sí, que peleaban con vehemencia y se odiaban con fanatismo: la primera disponia de todas sus fuerzas para el combate: las fuerzas de la segunda se agotaban en querellas intestinas: así mientras que el celo de los católicos estaba exclusivamente dirigido contra los protestantes, el ardor de los protestantes se empleaba en combatirse mutuamente. En el Palatinado perseguía á los calvinistas un príncipe luterano: en Sajonia un príncipe luterano perseguía á los calvinistas: la mas insignificante objeccion á un

artículo de la confesion de Augsburgo era en Suecia un motivo de proscripcion: las cárceles de Inglaterra estaban llenas de hombres que, aunque celosos partidarios de la reforma, no convenian con la corte en todos los puntos de doctrina ó de disciplina eclesiástica. El protestantismo no estaba organizado para la agresion: las iglesias reformadas no tenian lazo alguno que las uniese porque faltaba una cabeza: el catolicismo tenia un caudillo cuyos proyectos conmovian el mundo entero, y que ademas de su milicia local, poseia las fuerzas móviles de las órdenes religiosas y singularmente de los jesuitas, prontos á partir á estraños paises como misioneros, sin calcular disgustos ni peligros. La direccion espiritual de las falanges reformadas se hallaba en manos de ignorantes sectarios enemigos entre sí: la direccion espiritual de las legiones católicas estaba confiada á un solo gefe, ardiente, ilustrado y ambicioso: las unas tenian por caudillo á Isabel de Inglaterra cuyo protestantismo era hijo de cálculos políticos, no de profundas convicciones: las otras encontraban apoyo en los recursos inmensos de Felipe II que habia consagrado su vida, sus talentos y su poder al triunfo de su causa.

Tal era el estado de la lucha religiosa cuando subió Gregorio XIII al trono pontifical. La reaccion católica iba á alcanzar su apogéo para derrotar al protestantismo que con-

servaba aun sus pretensiones invasoras. Con todos los elementos de anarquía y destruccion en su seno, presentaba aun la reforma un aspecto amenazador, fruto del estraordinario impulso que por momentos se apagaba. Propúsose por norma el sucesor de Pio V imitarle, aventajarle en la severidad de sus sagrados deberes, y resolvióse á continuar las tradiciones de sus antecesores, dejando al mundo católico eternos recuerdos de virtud y de celosa energía. La causa del arzobispo de Toledo llamaba la atencion de la cristiandad, y aunque, como legado en Madrid, habia sido su ardiente defensor el cardenal Buoncompagni, quiso, como Papa, decidirla de manera que quedase satisfecha la inocencia al par que atemorizada la heregía.

Animado de los mismos sentimientos y tal vez mas apasionado por circunstancias anteriores, escribióle Felipe II para felicitarle por su exaltacion á la cátedra de San Pedro, rogándole que suspendiera el fallo de la causa pendiente, hasta examinar los dictámenes de cuatro nuevos teólogos que enviaba á Roma con comision de ilustrar el proceso, calificando algunas obras ineditas de Bartolomé Carranza. Marcharon sin dilacion con este fin, camino de Italia, fray Diego de Chaves confesor del rey, el doctor Francisco Sancho, catedrático de teología de Salamanca, y los maestros fray Juan de la Fuente y fray Juan de Ochoa.

Llegados á Roma, dieron al Pontífice sus censuras originales de cuatro manuscritos del arzobispo, enviando copias al consejo de la Inquisicion de España que mandó unir las al proceso. Replicaron los defensores Alpícueta y Delgado, y los consejeros entonces se valieron de amaños y de intrigas para hacer retractar de sus dictámenes á los respetables varones que habian entendido su opinion favorable al Catecismo antes de la prision de su autor. La circunstancia de presentarle obras inéditas que podian repetir y aumentar el sentido luterano de algunas proposiciones, el terror al Santo-Oficio, y mas que todo el impetu reaccionario que estaba á la sazón cercano á su apogeo, bastaron á decidir el ánimo de tres celosos prelados.—Don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, examinó en 17 de febrero de 1574 el Catecismo impreso, diez manuscritos y nueve sermones de Carranza, calificando de perjudiciales cuatrocientas treinta y siete proposiciones, y opinando en consecuencia que era el autor vehementemente sospechoso de heregia luterana. Mucho agradó al Consejo la censura del anciano arzobispo, y así decia con fecha 8 de abril estas palabras en carta dirigida al rey. «Corre prisa remitir esto á Roma por temer que la causa se sentencie segun la aceleracion con que van; y conviene mucho enviar esto por el grande aprecio que allí se

hace de la opinion del arzobispo de Granada.»—Don Francisco Blanco y don Francisco Delgado, obispo el primero de Málaga y el segundo de Jaen, retractaron sus antiguos dictámenes, reprobando cantidad de proposiciones en las obras del arzobispo y considerándole tambien sospechoso de heregia.—Esplicáronse en el mismo sentido y censuraron del mismo modo el doctor Hernando de Barriovero y fray Antonio del Corpus Christi, canónigo de Toledo el uno y catedrático de teología el otro en la universidad de Alcalá.

Cuando tuvo el consejo de la Inquisicion tales calificaciones en su poder, pidió con continuas súplicas al rey que las enviase inmediatamente á Roma: mas no alcanzó por entonces su fin. Contentóse Felipe con manifestar al Papa que los arzobispos de Granada y Santiago tenian algo importante que esponer en la causa del de Toledo, por lo que, cumpliendo con sus deberes de monarca, lo avisaba á Su Santidad para que librase las órdenes oportunas. En breves de 7 de agosto y 17 de octubre del mismo año, encargó Gregorio XIII al Inquisidor general don Gaspar de Quiroga, obispo de Cuenca, que tomase declaraciones juradas á los arzobispos de Granada y Santiago, al canónigo de Toledo y al catedrático de Alcalá, ante notario y testigos, remitiéndolas á Roma cerradas y selladas competentemen-

te. Nombró el Inquisidor comisionados con especiales instrucciones; y consecuentes á ellas, hicieron sus declaraciones los requeridos, manifestando que habian mudado de opinion respecto al Catecismo por las noticias adquiridas posteriormente, por la lectura de obras inéditas, y por el detenido exámen que habian verificado: así, cumpliendo el precepto del Sumo Pontífice, no podian menos de asegurar que tenian en conciencia á Bartolomé Carranza por vehementemente sospechoso de heregía.

Apenas llegaron á Roma estas declaraciones produjeron un efecto inesperado: todas las probabilidades estaban hasta entonces á favor del arzobispo de Toledo, pero ellas hicieron mudar repentinamente el aspecto de la situacion. Novedad tan extraordinaria, retractaciones tan paladinas se presentaban como resultado del celo religioso de los prelados; y encomiabase su sed de justicia, su deseo de salvacion eterna que los impulsaban á sacrificar su amor propio y sus afectos personales á la justificacion y al porvenir de la iglesia católica. La verdad era su única guia; y sus sentimientos y sus revelaciones la acataban con la sinceridad de hombres esclusivamente preocupados de los santos deberes de su profesion. Todos los declarantes habian sido amigos y admiradores de Bartolomé Carranza: todos habian celebrado la resolucion real que lo

llevó desde Flandes á ocupar la silla primada de Toledo: todos habian abogado elocuentemente en su favor en los primeros tiempos de las murmuraciones. Así no podia desconfiarse de ellos, como de otros con razon se desconfiaba: su parecer, desinteresado completamente, debia ser de gran peso para todos los hombres imparciales y justos.

Un silencio profundo reinó durante su lectura en la reunion de los consultores. Habianse traducido al latin las declaraciones con sus censuras consideradas como parte integral de sus palabras, y al final de ellas leíanse los nombres de cinco personajes tan conocidos por su vasta ciencia como por su reputacion de virtud. Guerrero, Blanco y Delgado habianse distinguido en el mundo católico desde las sesiones del concilio de Trento á que asistieron por orden del emperador: eran tres prelados que mantenian correspondencia con la Santa Sede y á quienes ésta alguna vez no se desdeñaba de consultar: ellos afirmaban, sin embargo, que tenian en conciencia al arzobispo de Toledo como vehementemente sospechoso de hereje luterano, y corroboraban su dicho con solemne juramento. Y era tanto mas atendible su parecer, cuanto que se habian pronunciado desde el principio en favor del perseguido. ¿Cómo dudar ya de la culpabilidad de Carranza? ¿Cómo abonar su fé desmentida por tan importante testimonio? Sus par-

tidarios no se atrevían á defenderlo: los inquisidores españoles triunfaban con estas armas oportunamente adquiridas; y Gregorio XIII despues de meditar mucho el asunto, no imaginando siquiera que el poder de la Inquisicion española tuviese influencia en el mismo Vaticano, se retrajo en su benevolencia hácia el desgraciado arzobispo: reunió sus consultores, oyó la opinion de cada uno, y acabadas las diligencias necesarias, señaló el 14 de abril de 1576 para dictar solemnemente su sentencia.

Permanecía entretanto Bartolomé Carranza prisionero en el castillo, adonde acudían á visitarle el dean de Talavera y algunos otros personajes á quienes espresamente el Papa lo permitía. Perfectamente asistido y gozando de la facultad de recorrer la parte superior de la fortaleza, sentábase solo por las tardes á vista de los campos y del Tiber que pasaba bañando ruinas de antiguos monumentos, á leer los salmos de David y los santos Evangelios que derramaban consuelo en su aflijida alma.

Hablábase en España con variedad de su fortuna: considerábanle los unos como herege; acatábanle los otros como mártir. El cabildo de Toledo, fiel y noble en su conducta, habia escrito al nuevo Papa las mas ardientes súplicas en su favor, manteniendo comisionados secretos y ostensibles en Roma. La alegría y la tristeza teníanle en

perpetua alternativa: ya recibía el duque de Medina Sidonia una carta del gran duque de Florencia en que aseguraba su libertad y su rehabilitacion: ya corría la noticia de su muerte; ya se aseguraba que le habia dado el Pontífice el capelo de cardenal. Cesó este estado de incertidumbre al saberse de oficio que iba á pronunciarse en fin la anhelada cuanto temible sentencia.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Conclusion.)

Estos sentimientos, que el poeta supone en un noble, pueden dar una idea de la delicadeza y severidad de nuestras costumbres, debidas al principio de honor, tan fuerte y poderoso en las clases aristocráticas, y de las cuales pasó en España á las inferiores. Consistiendo la cualidad de caballero, como decia el obispo Guevara á don Antonio de Zúñiga, prior de San Juan, en una de sus cartas, *no en ser limpio de sangre, ni rico en joyas ni en vasallos, sino en ser medido en el hablar, largo en el dar, sobrio en el comer, tierno en el perdonar, honesto en el vivir, y animoso en el pelear*, el sentimiento del honor engrandecía y elevaba la dignidad moral del hombre, era la espresion de todas las virtudes, y contribuía especialmente á fortalecer el principio de

familia, y á tener la mas alta idea del pudor de las mugeres. En cambio de esta severidad y recato propio de nuestras costumbres, ningun país escedió á España en el respeto y deferencia romanesca hácia el bello sexo, y este rasgo distintivo de nuestro teatro, se le vé en Juan de la Cueva, como le notamos antes en Torres Naharro. El poeta hace aparecer en una escena á Eliodora disgustada por haber leído al Arcipreste de Talavera y á Cristobal de Castillejo, que hablaron mal de las mugeres.

Porcello. Cuanto mejor le estuviera
Al reverendo Arcipreste,
Que componer esta peste,
Doctrinar á Talavera.
Y al secretario hacer
Su oficio, pues de él se precia,
Que con libertad tan necia
Las mugeres ofender.

Eliodora. Cierta que tienes razón,
Y en eso muestras quién eres,
Que decir mal de mugeres,
Ni es saber, ni discrecion.

En Naharro, como en Juan de la Cueva se encuentran ya las libertades, que despues se permitieron nuestros mas distinguidos ingenios. Y á lo heroico y maravilloso de los sucesos se mezcla la pintura de las malicias, bufonadas y chocarrerías de criados, rufianes y mugercillas. ¿Fué esto favorable ó perjudicial al progreso de la comedia española? ¿Hay causas, que independientemente del arte espliquen esta marcha desde el origen mismo de nuestro teatro? A venturaremos sobre ello algunas ideas

que sometemos gustosos á la censura y criterio del público. No seremos nosotros por cierto, quienes aplaudamos todos los desvíos y extravagancias, que puedan hallarse en las producciones de nuestros poetas de primero y segundo orden; no negaremos tampoco, que mayor estudio y correccion, mas tiempo en la formacion de sus piezas, mayor detencion en la combinacion de los resortes y medios dramáticos, hubiesen dado á sus obras una perfeccion, de que generalmente carecen: tan cierta es la observacion para nosotros, que estimamos en mas á Rojas. Tirso de Molina, Alarcon y aun á Moreto como autores cómicos, que á Lope de Vega; porque los primeros sin dejar de pintar las costumbres españolas, y sin sujetar su genio á las unidades clásicas, hicieron algunas comedias acabadas, debidas á un esmero y cuidado que inútilmente se buscaría en la fecunda é inagotable vena del insigne poeta, que segun el dicho del señor Quintana dió en todos los géneros muestras de desolacion y de talento. Empero estas convicciones no nos impiden pensar, que nuestros poetas dramáticos, prescindiendo de algunos desvíos, acertaron en la eleccion de argumentos, acertaron en emanciparse de las reglas de Aristóteles, estuvieron felices en el desempeño y combinacion teatral y en el cuadro tan vivo y variado que ofrecen sus comedias.

Para demostrar esta asercion, nos será necesario esponer algunas consideraciones filosóficas sobre la literatura y las bellas artes, y sobre la civilizacion y costumbres de la Europa moderna. Cuan-

do fijado, un crítico, como en un punto inmóvil é incontrovertible, en los preceptos de Aristóteles y Horacio, somete absolutamente á los mismos las creaciones del genio, nos parece errar profundamente y desconocer lo que hay universal, abstracto é inmutable en la literatura y las bellas artes y las modificaciones y diversa fisonomía, que estas y aquella presentan, según los sentimientos, ideas y costumbres de cada país. Hay, es verdad, en la naturaleza un bello ideal, que es de todos los tiempos y pueblos; hay también en los hombres de todas las épocas un sentimiento de lo bello, porque á todos los hombres ha dado el cielo imaginación y corazón para concebirlo y sentirlo. Pero cabalmente este sentimiento de lo bello, esta belleza absoluta, por decirlo mejor, es de suyo infinita, indefinible, casi inesplicable: ella no admite reglas, ella no se dirige á la cabeza, se dirige al corazón y á la imaginación. Por eso las mas elevadas inspiraciones del genio son siempre intuitivas; por ello, cuando admiramos la consumada obra de un pintor, ó el sublime rasgo de un poeta, concebimos, sentimos y no razonamos; y por eso también, cuando queremos juzgar y darnos cuenta de las producciones literarias y artísticas, nos valemos de imágenes y sentimientos, porque hijas de la imaginación y del corazón no admiten otro lenguaje ni expresión que el especial de la imaginación y del corazón. Las reglas, pues, ni son la poesía, ni la darán jamás: ellas no son admisibles, sino en lo que esta y las bellas artes tienen de material, de ejecu-

ción y de combinación. Estamos muy lejos de negar su importancia, y de desconocer lo que las formas pueden servir á la perfección; avanzamos mas; creemos con la Arpe, que una obra literaria ó artística no será acabada sin la feliz alianza del genio y del arte, de la belleza esencial y de la belleza de formas. Mas sin embargo, tenemos la mas profunda convicción de que la belleza ideal y la belleza artística no tienen un tipo fijo, marcado, definitivo: nos parece por el contrario, que ambas en su expresión, en su realización humana, son infinitas, variables y sujetas á las modificaciones de la sociedad, de las costumbres y sentimientos de cada país, del genio de cada artista ó poeta. ¿Que diferencia tan notable no presentan las tragedias de Sófocles y las de Shakespeare? ¿Qué contraste tan marcado no ofrecen la pintura y escultura antiguas, que son la idealización de la materia y de las formas con los cuadros de Murillo y Rivera, que son la mas profunda expresión del espíritu y del alma? ¿Los anfiteatros y edificios greco-romanos, y las catedrales góticas de la Europa cristiana? ¿Qué distancia no existe tanto en el fondo como en las formas entre las producciones de Homero y las producciones de Byron? Y sin embargo á cada uno pertenece su gloria, y no seremos nosotros, quienes se la disminuyamos un ápice. ¿Por qué pues creaciones tan diversas y aun opuestas en el fondo y en las formas nos agradan, sin embargo, conmueven y encantan? Porque la belleza ideal y la belleza artística son infinitas y variables; porque, como an-

tes hemos manifestado, no tienen un tipo fijo, marcado y definitivo. Los clásicos nos citarán algunas reglas, que será siempre preciso observar; pero ellas entrarán en el círculo de esas vulgaridades triviales, que todo el mundo conoce, y que inspira lástima, ver que se afecta darles tanta importancia.

Ahora nos será ya fácil juzgar la literatura moderna y cuanto se refiere á ella. Si la poesia y las bellas artes, aunque universales y reconociendo un origen divino, son siempre la espresion mas ó menos cumplida de los sentimientos y costumbres de los pueblos; si ellas presentan una fisonomía diversa en el fondo y en las formas, segun el genio de cada pais y de cada hombre; ¿podremos jamás señalar un tipo invariable de perfeccion, y condenar al desden ó al olvido cuanto se aparte de él? Claro es que no; y que en vez de calificar las producciones artísticas y literarias segun el modelo de la antigüedad, las debemos juzgar con arreglo á las circunstancias y estado de la sociedad en que nacieron. Es preciso elevar un poco mas la literatura y las bellas artes; es necesario dejar de examinarlas esclusivamente bajo el aspecto árido é infecundo de la parte crítica ó doctrinal: hoy que los estudios históricos están haciendo una revolucion en las ciencias morales y políticas, deben tambien estender sus consideraciones filosóficas á las bellas artes; y es indispensable decir á los preceptistas, que estas se hallan destinadas á satisfacer las necesidades morales de los pueblos, que ellas se dirigen á la imaginacion y

al corazon de los hombres, y que deben estar en relacion con las creencias y vida moral de cada pais, so pena de ser estéril é infecunda su elevada y sublime mision. Si, pues, la literatura y las bellas artes son el reflejo mas ó menos exacto de las costumbres y sentimientos de la sociedad, ellas no podrán menos de efrecer una fisonomía diversa segun las épocas y las ideas de cada pueblo. ¿No sería por ello solemne anacronismo y profunda aberracion pedir á la literatura moderna el fondo y las formas de la literatura antigua? ¿No es una observacion reconocida por todos, que el cristianismo y las costumbres de los pueblos del norte cambiaron la vida íntima, moral y exterior de la Europa, y crearon una nueva sociedad con nuevas ideas y sentimientos? ¿Qué es, pues, lo que debe pedirse de los poetas y artistas modernos? Lejos de exigirles la servil imitacion de la antigüedad, lejos de agradecerles la pálida copia del genio antiguo, debemos esperar de ellos originalidad, creacion. ¿Y cómo se logrará esto? De ningun modo siguiendo y venerando los antiguos modelos, sino presentando todo lo que hay nuevo, poético, interesante y maravilloso en la vida y costumbres de la Europa moderna. ¿Y cuáles han sido los caracteres distintivos de esta vida y de estas costumbres? Nada hay mas vario, romancesco y dramático. Toda la poesia de la Europa moderna se halla en la edad media, en la época del feudalismo, en estos tiempos de desórden y anarquía material, pero en que la religion, el amor y el honor prestaban un impulso

uniforme á las acciones de los hombres, y producian los sacrificios mas heroicos, las situaciones mas profundas y trágicas, las aventuras y proezas mas estrañas, y singulares. Los principios que dirigian las naciones eran los mismos; empero el desarrollo individual se ostentaba en todas partes vario, estraño y maravilloso. Aunque se reconocian diferencias en las clases sociales, jamas del modo fijo y definitivo con que se establecieron en el siglo XVI, y con que estamos acostumbrados á considerarlas hoy. La religion y la guerra tendian á unir todas las clases, y confundian en muchas ocasiones al rey, al noble, al plebeyo y al sacerdote, entre los cuales no existia la distancia inmensa, que la vanidad, la gerarquía y la etiqueta consagraron despues con el triunfo de las monarquías absolutas. La vida del individuo, hasta esta época, era una especie de continuada novela; y desde los salones de palacio se pasaba con frecuencia á los campamentos, desde el tumulto y agitacion de la política y de la guerra á la quietud y soledad del claustro. Un carácter, pues, de variedad y de romanticismo distinguió las costumbres de la Europa bárbara y feudal; y la literatura y las bellas artes, lejos de ofrecer el monótono cuadro de la sociedad antigua, debieron presentar el diverso, animado y dramático reflejo de la sociedad moderna. Ahora bien, si la literatura es siempre la expresion mas ó menos cumplida de las costumbres y sentimientos de un país, y estos tenian un carácter tan variado, romancesco y original en Europa, y sobre todo en España, ¿será de

estrañar que nuestros poetas dramáticos se emancipasen de las reglas de Aristóteles, é hiciesen esa mezcla de cómico y trágico, de bajo y sublime, tan reprendida por los preceptistas? ¿Se admirará tampoco ver en sus comedias ese tinte novelesco y maravilloso, que tan severamente se les censura? Pues qué, ¿les hubiera sido posible interesar, ni conmover al público, ser verdaderos en la pintura de las pasiones y costumbres tan variadas y singulares de la historia de su país, sujetándose á las unidades de tiempo y lugar? Claro es que no. ¿La mezcla de lo serio y ridículo, de lo cómico y trágico, sobre estar en el orden natural de las cosas, no contribuiría estraordinariamente á hacer mas vivo, mas fiel y exacto el cuadro que ofrecian? Si se complacian en los sucesos novelescos y maravillosos, que hoy con nuestro espíritu de cálculo, de razon y de filosofía no podemos sufrir; ¿no se dirijian, por ventura, á un pueblo de imaginacion novelésca y maravillosa, y cuyos recuerdos históricos eran tambien maravillosos y novelescos? Nuestros poetas, pues, acertaron en abandonar los preceptos de la antigüedad, en presentar en sus comedias las costumbres y sentimientos que debian interesar al pueblo español, y en hablar á este pueblo con las formas y lenguaje que él entendia. Si de otra suerte hubieran procedido, es bien seguro, que no podríamos hoy hacer alarde de tener un teatro nacional: gloria estimable, y de subido precio, en la que ningún país puede competir, ni rivalizar con el nuestro.

F. G. DE MORON.

BRASIL.

CONSAGRACION DEL EMPERADOR.

El 16 de julio último, S. M. el emperador, saliendo del palacio imperial de San Cristobal, verificó su entrada solemne en la capital del Brasil. Una numerosa concurrencia presidia y acompañaba al brillante séquito, y aclamaciones unánimes acogieron la llegada de don Pedro. Todas las ventanas y fachadas de las casas estaban colgadas y adornadas con gusto, y coronadas de señoras elegantemente vestidas: las calles estaban sembradas de flores. El tiempo era magnífico: el día era uno de esos deliciosos con que la Providencia ha dotado el cielo de los trópicos. El monarca acompañado de las princesas sus hermanas, participaba de la alegría de su pueblo. No es posible formarse una idea de la riqueza y lujo de los coches de la familia imperial. Despues de asistir al *Dómine salvum fac imperatorem* en la capilla, S. M. entró en Palacio donde se verificó el besamanos.

El 18 fué el día de la coronacion. A las once de la mañana la comitiva se dirigió, con arreglo á las órdenes de S. M. hácia la capilla imperial. Un cuarto de hora despues llegó el jóven monarca en traje de caballero, teniendo á su izquierda á sus augustas hermanas. Despues de haber recibido las felicitaciones del cuerpo diplomático, á las que correspondió con la mayor afabilidad, se se-

paró de sus hermanas y esperó, con el casco en la mano, á que pasáran todas las señoras que acompañaban á Sus Altezas. Las músicas de las tropas reunidas en la plaza hacian resonar el himno de la Independencia, el que por los nobles recuerdos que avivaba en todos los corazones contribuia á hacer mas patética la ceremonia.

Lo mismo fué asomarse S. M. al balcon del palacio provisional, que resonar en toda la plaza las mas vivas aclamaciones de entusiasmo. Fué recibido á la puerta de la capilla por el ministro del capítulo metropolitano, y en el coro le esperaba una diputacion compuesta de seis obispos. S. M. se acercó, con el casco en la mano, al obispo encargado de la consagracion. Las princesas ocupaban ya la tribuna que se les tenia dispuesta. Su augusto hermano les hizo un gracioso saludo. En seguida, el obispo oficiante pronunció un discurso que el jóven monarca escuchó con la mas religiosa atencion, arrodillado sobre un almohadon que conducia el *reposturor*. El escelentísimo señor ministro de Justicia leyó la profesion de fé. El oficiante abrió el misal sobre el que puso ambas manos S. M., diciendo: *Sic me Deus adjuvet, et hæc Sancta Dei evangelia*, y las ceremonias continuaron.

El emperador se quitó las insignias del Toison de oro, de la Torre de la Espada y de san Andrés de Rusia, y las entregó á S. E. el señor vizconde de San Leopoldo: su manto de caballero lo entregó al señor ministro de la Guerra. El arzobispo le ungió entonces con los santos óleos. Terminada esta cere-

monia, el oficiante le presentó su espada desnuda, diciendo: *Accipe gladium*, etc. La espada pasó en seguida al señor ministro de la Guerra, y de este, de nuevo al oficiante, quien la colocó en el cinturón del Emperador, diciendo: *Accingere gladium*, etc. El joven monarca la desenvainó, la hizo vibrar al aire y la volvió á envainar. El oficiante tomó entonces la corona y se la entregó al emperador, quien se la puso por sí mismo en la cabeza: los demás obispos, poniendo la mano sobre ella á imitación del oficiante, dijeron: *Accipe coronam imperii*, etc. Recibió el cetro del mismo modo: *Accipe virgam virtutis*, etc. Después, con el oficiante á su derecha y el obispo metropolitano á la izquierda fué á sentarse en el trono. Entonces se entonó el *Te-deum*.

Concluida la ceremonia el monarca se quitó la corona, besó los evangelios, y acompañado de todos los grandes dignatarios, de los cuatro obispos más ancianos, del obispo primer limosnero y demás séquito, se adelantó llevando en la mano izquierda la bandeja en que estaban el pan de plata y el pan de oro, y en la derecha un cirio encendido, y ofreció los panes y el cirio, que contenían trece monedas de oro de á 10,000 reis, al obispo oficiante.

Después de la misa, el maestro de ceremonias de la corte, por orden del emperador, hizo desfilar la comitiva por el orden siguiente: La cámara municipal y los jueces de paz que se colocaron en el pabellón de Prata: los individuos que componían diputaciones: los miembros de los tribunales de la ciu-

dad: los de la asamblea legislativa: el rey de armas al frente de la corte: los pages de palacio: el mayordomo: los gentiles-hombres con ejercicio, y los grandes del imperio. El maestro de ceremonias advirtió á S. M. que ya había desfilado la comitiva, y entonces lo verificó el Capítulo, detrás del cual se presentó el Emperador con la corona y el cetro. Entró en seguida en la sala del trono: la comitiva desfiló en su presencia de dos en dos, haciendo al pasar por delante del monarca una profunda reverencia. Luego que pasaron todos, el Emperador mandó al rey de armas que comenzara la ceremonia de la proclamación. Este gritó entonces:

Oid! .. Oid!... Estad atentos!

El oficial superior que mandaba las tropas, desplegando la bandera nacional, exclamó:

«Ha sido consagrado el muy alto y poderoso Emperador, Su Magestad don Pedro II, por la gracia de Dios y por el unánime consentimiento de los pueblos, como emperador constitucional y defensor perpetuo del Brasil! Viva el Emperador!

No pudo repetir este grito las tres veces seguidas que pide la costumbre, tan conmovido estaba y tan estrepitosas fueron las aclamaciones de la multitud. Las tropas hicieron en seguida las descargas de ordenanza, presenciando el Emperador no más que la primera, por incomodarle el mucho calor, y eso que el porta le protegía con el estandarte de los rayos del sol. Retiróse S. M. á la sala del trono.

Es imposible bosquejar el espectáculo

que presentaban todas las ventanas, donde se ostentaban las mas célebres bellezas de la capital. Las damas de la corte cumplimentaron á S. M. quien se retiró en seguida al interior del Palacio, donde se sirvió su opíparo banquete acompañado de armoniosas serenatas. Terminado, se sirvió á los funcionarios en una mesa de 93 cubiertos. Por último, abrieron al pueblo el palacio provisional, y 15 ó 16.00 personas le visitaron durante la noche. Quedó abierto por espacio de cinco dias.

SEGUNDA SECCION

AMENA LITERATURA.

A CAROLINA... (DOLIENTE).

(... Though keen the grief thy teart esprest
When love and hope lay both o' erthrown,
Yet still, my girl, this blesting breast
Throbb'd with deep sorrow at thine own...)

LORD BYRON.—TO CAROLINE.

(... B'en espresaban tu dolor acerbo
Las perlas que tus ojos derramaron....
... Mas créeme, Carolina, como el tuyo
Hondo pesar mi corazon destroza...)

Del amor los sentimientos
Son las delicias del alma.
Son el mágico embeleso
Que hace olvidar las desgracias;

El corazon estasiado
Los acaricia, los ama,

Y con ellos se adormece
Mecido por la esperanza.

—Virgen de los negros ojos,
Cuya celestial mirada
De tan dulces ilusiones
Mi triste corazon baña

Oh! cuantas delicias goza
Con adorarte mi alma!...
Al contemplarte tan bella...
Cuanto mis ojos se ufanan!..

La sedosa cabellera
Tu pura sien engalana,
Espléndido pabellon,
Que tan rica joya guarda!

Rojo clavel son tus labios,
Y brillan en tu faz mágica,
Esos pálidos colores
Que viste cándida el alba;

Lloras!... De tus bellos ojos
Rueda silenciosa lágrima
Que el dolor ó la tristeza
Bárbaramente te arranca.

Y parece tu mejilla
Del jardín la rosa pálida
Que el aura vaga perfuma
De rocío salpicada:

Tambien padecer!... Tambien
Eres cual yo desgraciada!...
Pura flor, tambien el ábrego
De las pasiones te aja?...)

De amor alguna perfidia
Ha burlado tu esperanza?...
O lloras quizá la pérdida
De alguna persona amada?...)

No;... Son punzantes dolores
Que tu cabeza desgarran!...

La cruel enfermedad
Tu bella forma maltrata:

Tad jóven!.. Ah! tú que has hecho
Que merezca pena tanta?...
Angel puro é inocentel
Paloma santa del Arca!

Mas tal es el mundot... penas,
Sufrimientos y desgracias!
Si leve placer nos brinda
Alguna vez... endulzada
Nos dá la hiel, porque luego
La sentimos mas amargal...

Mas perdona, si, perdona
Si son tristes mis palabras;
Consoladores acentos,
Nunca sonará mi harpa!

Si melancólicas trovas,
Endechas tan solo canta
Recuerdos ¡ay! de otros tiempos
Que el corazon despedazan!

Mucho he amado!.. He sufrido
Mucho tambien! y mi alma,
Muerta para el entusiasmo,
Para el amor muerta estaba!

Hastío, melancolia,
Mis mejillas enlutáran,
La soledad, mi memoria!
Solo consuelo me daban!

Cuántas veces en la tarde
Sentado en la peña áspera
Via al claro sol hundirse
En esa mar azulada!

Cuántas veces solitario,
En esas sonoras playas,
Me viera la blanca luna
Verter silenciosas lágrimas!..

Siempre te amé, mar inmenso!
Si, mi mente se embriaga
Al contemplar tu rumor,
Al ver tus hondas de plata.

Cuando el astro de la noche
Derrama sus luces pálidas,
Pero aun tu encanto era poco
A mitigar mis desgracias!..

Tú, Carolina, tú sola
Pudiste volver mi alma
Del amor á la creencia,
De la dicha á la esperanza!

Si, Ángel de amor! tus encantos
A tus pies me encadenáran,
Tú me diste un paraíso
En que yo nunca soñara,

Volviste á mi corazon
Sus ilusiones preciaadas,
Con tu amor... y es tan hermoso
Tu amor como lo es tu alma!

Oh! Cómo es grato en la noche
Oír tus mágicas palabras,
Dulces como al desterrado
Los cantares de su patria;

Como al viagero sediento
Del desierto la onda clara
Que refrescando sus labios
De muerte cierta le salva!

Oh! lejos de tí no hay dicha
La dicha está en las miradas
De esos ojos hechiceros
Que cada uno es un alma...

Déme el cielo vivir siempre
A tu lado, dulce maga,
Adorando tu hermosura
Y llorando tus desgracias.

Dios mirará tu pureza
Los dolores que te ajan
Mitigaré, si, lo espero,
Serás menos desdichada!...

—Si la pérfida fortuna
A otras regiones me arrastra,
Como la trémula hoja
Que airado el ábrego arranca,

Y separada del árbol
Que vida y frescor la daba
Vaga triste, indiferente
Mustia se consume, lánguida!

Ah! si el volverte á ver mas
Me impidiese mi desgracia...
Si en mi destino falaz
Temprana muerte encontrara!...

Solo pido, oh Carolina,
Por el amor que me abraza,
Un recuerdo á tu memoria
Y á tus ojos una lágrima!...

MÁLAGA, octubre de 1841.

R. M.

ALBUM.

TEATRO DE LA CRUZ.—Mientras que en el teatro del PRÍNCIPE el público aplaudía la linda comedia, original del señor Breton, *Lo vivo y lo pintado*, en el de la Cruz corría una tormenta deshecha la traducción de *El Secretario privado*, drama francés de Mr. Federico Soulié. Apoyados en el juicio de los espectadores pudiéramos aventurar el

nuestro de reprobación; pero nuestra conciencia no nos permite participar de la opinión general, si bien la respetamos, sin que por ello conceptuemos su fallo irrevocable.

El *Secretario privado* encierra interesantes escenas que conducen sin violencia el plan á su desenlace: el autor ha sabido escoger para su intento uno de esos episodios tan dramáticos de la revolución francesa, pero alejándolo veinte años de la época del terror: los personajes se presentan ya en la escena en la brillante época del imperio, y los relacionados sucesos del terrorismo forman un contraste que no puede menos de cautivar, ofreciendo al mismo tiempo una lección digna de aprecio en las actuales circunstancias.

El drama, tal como está concebido y desenvuelto por el autor, si bien adolece de algunos defectos, abunda en bellezas que los disminuyen; pero el traductor ha debido, en nuestro concepto, tener en cuenta el gusto del público de Madrid, y sin desvirtuar el pensamiento primitivo, cortar sin embargo la acción donde verdaderamente termina, esto es, al final del segundo acto. El tercero, es verdad que reasume los hechos y fija la suerte de los personajes; pero si esto lo conceptuaba de absoluta necesidad, la adición de un par de escenas hubieran producido el mismo resultado, sin presentar el estenso y lánguido epílogo, que ocasionó el descontento del público y la caída del drama.

Los actores trabajaron bien: la administración por su parte no omitió

gasto, y si á estos elementos reuniera la empresa de la Cruz algun mas tacto en la eleccion de las funciones se indemnizaria de los desembolsos que con tanta prodigalidad ha hecho para que la capital del reino tenga un teatro digno de la corte de España.

TEATRO DEL PRINCIPE.—Anoche, sábado, se representó por primera vez, despues de la tan aplaudida comedia lo *Vivo y lo pintado*, uno de esos juguetes, cuyo mérito consiste en el diálogo cuyo éxito depende de la ejecucion. *Una boda improvisada*, es el título de esta graciosísima pieza: el argumento es sencillo, trivial si se quiere, y no nuevo: el original es francés, la traduccion esmerada. Su desempeño estuvo á cargo de los primeros actores del teatro del Príncipe y fué tan bueno, que exacto, tan cómico, tan sostenido, que el público quedó completamente satisfecho, aplaudiendo, mas que al autor, á los recomendables actores que tan felices estuvieron.

La empresa del teatro del PRINCIPE tiene tacto en la eleccion de las funciones, y hasta el día, con elementos mucho mas escasos que la de la Cruz obtiene mayores resultados.

Rubini.—Sabemos que ha salido en posta uno de los señores socios del Liceo de esta corte, para alcanzar á Rubini en Bayona y decidirle á que se traslade á la capital á dar las funciones que estaban ofrecidas. Continúan con actividad los ensayos, y se concluyen los preparativos para la ejecucion.

Funciones nuevas. Está dispuesta una sorprendente de magia, en el teatro del Príncipe, con el título de la *Pluma prodigiosa*, para la que se hacen inmensos gastos. En la Cruz tambien se dispone un drama de grande espectáculo de igual género que el *Terremoto de la Martinica*.

OPERA.—La compañía del teatro de la Cruz está ya formada, y se dice que principiará sus trabajos para mediados de noviembre. La señora Perelli, que goza de una brillante reputacion, ha sido ajustada de prima-donna y esta es la única novedad filarmónica, pues los demas son actores conocidos del público, que formaron la compañía anterior.

Circo.—Está próxima la apertura de este local para la compañía de equitacion de Mr. Paul.

Publicaciones.—Vá á salir el 5 de noviembre un nuevo periódico literario bajo el título de *Gabinete de Lectura*. La idea que revela el modesto prospecto, hace concebir la de que será una publicacion curiosa é interesante. Aparecerá cada cinco dias, y repartirá diariamente á los suscritores de Madrid una GACETILLA de anuncios de espectáculos.

Novelas.—Bajo el título de *Biblioteca de Recreo* se está publicando en el GABINETE LITERARIO, calle del Príncipe, una escogida coleccion de novelas de los mejores autores estrangeros.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.